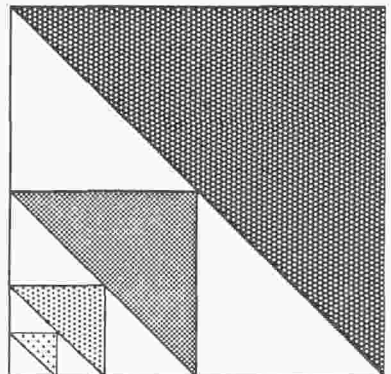


Ensayos



Oficio, profesión y ascetismo en la literatura

Alfonso Piza R.

*Departamento de Sociología
Universidad Nacional de Colombia*

Hacemos algo “de oficio” como no exigido de manera apremiante sino como lo que tradicionalmente concurre orgánicamente para asegurar la ordinaria y rutinaria marcha de las cosas. En cambio, ejercemos una profesión como un llamado, un mandato ineludible exigido por una creencia asumida deliberadamente y en este camino podemos desplegar una metódica racional de vida que poco a poco se va convirtiendo en una manera de conducir la existencia característica y peculiar de lo que podemos llamar época moderna. En el presente ensayo nos proponemos identificar estas diversas situaciones en la literatura de esta época.

Oficio

Quizás uno de los méritos de la investigación sociológica consista en haber afrontado metodológicamente el cambio interno de los valores. Con ello aportó un medio imprescindible para esclarecer el peso específico de los valores para la conducta. Situándonos dentro de los valores religiosos del cristianismo se pudieron precisar los importantes conceptos de profesión (*Beruf*) y ascetismo, como esos indispensables momentos valorativos que constituyen ámbitos relativamente diferenciados de los valores del cristianismo europeo a partir del siglo XVI. La profesión constituyó el núcleo decantado con el que el primer protestantismo se diferenció del catolicismo medieval. Ya dentro del entorno profesional, el ascetismo fue aquella acentuación que tomando la predestinación como centro, moldeó el entorno cultural dentro del cual halló el modo de desenvolverse el capitalismo industrial moderno. Quien con ánimo indagador tome esas directrices como guías, bien puede detenerse ya en los condicionantes de un catolicismo cuya ética siempre

conservará rasgos de trato personal en tensión con las exigencias impersonales de una administración eclesial, ya en el despliegue de una fe de sello místico pero con exigencias individuales severas en cuanto al cumplimiento de deberes asociados a una profesión y trabajo en el mundo, o finalmente un mundo determinista en camino hacia una corroboración exitosa. Una primera aproximación para lograr evidencias de estas distintas situaciones puede, como en muchos otros órdenes de la vida social, tomar como indicios la literatura. Iniciamos este intento con un gran representante de la literatura del Siglo de Oro como Quevedo, quien en *Sueños* (1606-27/Ed. Sopena, 1945) si por una parte nos muestra el anclaje del oficio en una tradición milenaria:

Quién podrá negar que demonios y alguaciles no tenemos el mismo *oficio*? Si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable, pues bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles también; nosotros, que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran con más ahinco, porque *ellos lo han menester para su sustento*, y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mala hombres como ellos y a los de su género, y nosotros no, que somos ángeles, aunque sin gracia ... (p. 25)*

Por otra nos señala que esto quiere decir que "... y dizque es la mejor leña que se quema en el infierno remendones de todo oficio, gente que sólo tiene ser buena *ser enemigo de novedades*" (p. 37), remarcando con ello el carácter antirracionalista. También podríamos evocar a Vicente Espinel quien en su *Vida del escudero, Marcos de Obregón* nos dice que la riqueza aun "por diligencia no da lugar a otra cosa de virtud", (Barcelona: Plaza y Janés, 1960, p. 247), indicándonos con ello una especie de condena sacramental del lucro hecha por un escritor de una España estamental, que estaba impedida de seguir una ruta capitalista industrial y que obviamente necesita un estímulo moral más positivo.

Sin embargo, son otros los requerimientos que dentro de una cultura predominantemente católica pueden desenvolverse, ya sea como rasgo tradicional o como adaptación a unos valores positivos de la riqueza que culminará por servir como aspiración a alcanzar. Así Mateo Alemán en *Guzmán de Alfarache* (1599; 1603/Barcelona: Sopena, 1960) deja ver un ensalzamiento del oficio pero sin asociar a ello un encomio moral, lo cual lo aleja por esto de la profesión (*Beruf*) que siempre tiene una definición religiosa: "¡oh que gran lástima que aprendas el oficio cuando vienes a usar dél ... Usa tu oficio, deja el ajeno. Mas no es la culpa tuya, sino del que te lo encargó: cambio es que corre sobre su conciencia" (p. 18). En este aspecto también entre nosotros Tomás Carrasquilla puede registrar la adaptación de

*El énfasis en todas las citas textuales es del autor.

los valores del oficio cuando en la *Marquesa de Yolombó* nos dice que la minería es una vocación, sólo que su lenguaje hace referencia a la mera constancia del trabajo pero sin que ello implique ninguna prima moral. Con el deliberado anacronismo podemos referirnos a la católica Francia del siglo XVIII que en la pluma de Alain René Lesage en su *Gil Blas de Santillana* (1715-1735/ Barcelona: Sopena, 1959) nos muestra al lado de los oficios criminales, la necesidad en la meticulosidad en todo oficio así como la simpatía por el diletantismo. Todo ello sin que esté vinculado al cumplimiento de virtudes morales.

—Aguarda— le dije— ¿a qué fin derramar sangre sin necesidad? contentémonos con el bolsillo de ese pobre mozo; y pues no hace resistencia, sería una barbaridad matarle; fuera de que él no es responsable de las acciones de su padre ni aún el padre en condenarnos a muerte hace más que cumplir con la obligación de su oficio, así como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar a los caminantes. (p. 125)

Podríamos a través de la literatura medir un cambio de orientación, en el camino adaptativo, si en un autor francés del siglo XX encontramos elogios de lo que ha llegado a ser inevitable, la especialización. Así Roger Martin Du Gard en *Los Thibault* (1922-1940/Madrid: Alianza, 1974), remarca que la vocación no es algo exigido por el valor sino que es decidido por las circunstancias. “Se forja una idea muy equivocada con respecto a la vocación. Siempre se cree haber escogido y en realidad son las circunstancias” (tomo II, *Estío*, p. 88). La profesión de que habla se caracteriza por el fuerte sello de la división del trabajo, aquí del campo de la medicina, pero sin que haya huella de valoración religiosa alguna:

Yo tengo una labor perfectamente definida. Yo soy un individuo que mañana por la mañana, a las ocho en punto estará en su hospital. Hay el flemón del número cuatro, la peritonitis del nueve . . . Un hombre que ha de ejercer una profesión no debe dejarse distraer de ella para ir a meterse en asuntos de los que no entiende absolutamente nada. (tomo IV, p. 138)

Podemos percibir cierto carácter específico en el ascetismo católico muy asociado al misticismo, pero opuesto completamente a la ascesis metódica puritana en la obra *El desierto del amor* de F. Mauriac (1925): “En esas *Vidas metódicas*, en estas vías de deber, la pasión se conserva, se concentra, nada la gasta, ningún soplo la evapora. Se acumula, se seca, se corrompe, envenena, corroe el vaso viviente que la encierra”. (*Obras escogidas*, Madrid: Aguilar, 1957, p. 266)

Lo que el catolicismo, dada la lógica de su gracia dispensada por un instituto, implica como laxitud puede muy bien reflejarse en el siguiente pasaje de Alejandro Dumas, hijo, en su obra *La dama de las camelias* (1848):

Tu padre me besó por última vez. En mi frente sentí el calor de dos lágrimas de reconocimiento, que fueron a manera de bautismo que borraba faltas de tiempos pasados y en el momento mismo en que acababa yo de consentir en entregarme a otro hombre, brotaban de mis ojos destellos de orgullo al pensar en lo que conquistaba con aquella nueva falta. (México: Ed. Nacional, 1964, p.222)

Las consecuencias de un ascetismo teñido de mística tradicionalista y que como tal no puede servir al incierto riesgo de una cultura en elaboración como la que podía mostrar la metódica conducción de la vida calvinista, me parece que se puede ilustrar con esta aseveración de Joyce en *Retrato del artista adolescente* (1916/Bogotá: Ed. Faro, s.f):

Pero estaba prevenido contra los peligros de la exaltación espiritual y no se permitió, por tanto, cejar en la más pequeña e insignificante de las devociones y tendía también por medio de una *constante mortificación más a borrar su pasado pecaminoso que a adquirir una santidad llena de peligros.* (p. 156)

De paso podemos enfatizar cómo el calvinismo puede oponerse al catolicismo y al luteranismo si notamos que respecto al primero se recomienda la mortificación en contraste con la revolucionaria condena a todo el pasado institucional propio de la crítica luterana.

El escritor español moderno, C.J. Cela, en su novela *La familia de Pascual Duarte* (1942/Navarro: Salvat, 1976), puede retratar la ausencia del ascetismo metódico peculiar a la ética católica cuando nos dice:

Se llevaban mal mis padres; a su poca educación se unían su escasez de virtudes y su *falta de conformidad con lo que Dios les mandaba*—defectos todos ellos que para mi desgracia hube de heredar— y esto hacía que se cuidaran bien poco de *pensar los principios y de refrenar los instintos*, lo que daba lugar a que cualquier motivo, por pequeño que fuere, bastara para desencadenar la tormenta que se prolongaba después días y días sin que le se viese el fin. (p.31)

Es propio de la ética precapitalista una ambición sin límites, lo cual contrasta con una ética que más bien acentúa el método y la moderación que da resultados no totalmente previstos. En este último aspecto J. Conrad nos esboza lo siguiente en *Lord Jim*. (1900/Barcelona: Bruguera, 1973):

Muchos fueron sus viajes. Conoció en ellos la mágica monotonía de una vida pasada entre cielo y agua; tuvo que sufrir la crítica de los demás, las exacciones del mar y la prosaica severidad de la diaria tarea que proporciona el pan, pero cuyo único premio consiste en el perfecto amor al trabajo. *Este premio escapaba a su comprensión.* (p.16-17)

Es de una cultura esclava militantemente católica de la que proviene la acentuación de la caridad y el acosmismo del amor como propios de la tradición

y el misticismo. Así un personaje de *La casa solariega* de H. Sienkiewicz (1895/Barcelona: Sopena, 1959), combina “Ya sabes que, durante el invierno, *doy asilo a los pobres niños abandonados*” (p.17) con “la verdad es que hace un poco de calor, pero esto sienta bien *a mis pajaritos* . . . Eso lo deben a *San Francisco de Asís*—contestó Verkonski— de él he aprendido a *tener cariño a las avecillas*”. (p.178)

En suma, queremos remarcar que los límites valorativos de una cultura católica están dados porque—a diferencia del ascetismo, que sólo tiene como única alternativa probarse en el mundo para calmar así su inagotable incertidumbre— el católico se consuela en la posibilidad nunca extinguida de un posible perdón dispensado por los administradores de la gracia. De ahí resulta la profunda distancia entre la ética que puede surgir de cada una de las dos situaciones. Mientras en la primera la profesión puede valorizarse a tenor de ser el único espacio en que se puede manifestar lo exigido por el llamado de Dios, lo cual engendró una metódica cada vez más innovadora, la segunda sólo atinó a consagrar tradicionalmente las ocupaciones como concurrentes al cumplimiento de la voluntad de Dios interpretada por el instituto hierocrático.

Profesión

Lo expuesto hasta aquí sintetiza la impronta católica que en los puntos decisivos enfatiza el oficio más que la profesión, y cuando habla de éstos en su expresión de vocación, la refiere más a la inevitable tensión que genera en los individuos una sociedad que tiene que adaptarse a una especialización creciente. Aquí lo que podríamos llamar una cultura de la profesión no existe, o sólo en germen y más como intento adaptativo que como elemento creador originario, que es lo que acontece con las direcciones ascéticas del protestantismo que fueron los carriles por donde discurrió el capitalismo industrial en su etapa naciente. Tenemos entonces nítidamente comprendido en la literatura nórdica, especialmente sueca y danesa, de fin de siglo pasado y comienzos de éste, un registro cultural de lo que ha significado para el norte de Europa el luteranismo como cultura. Si tomamos el capítulo “la boba sueca” que hace parte de la novela *Los paladines de Carlos XII* de Werner von Heidenstam (1897/Barcelona: Plaza y Janés, 1960), hallaremos en su trama más íntima el arraigo de lo que significa la profesión dentro de la cultura predominantemente luterana. El relato en lo esencial se refiere a una esclava sueca adquirida por los turcos en el siglo XVI. Esta esclava se dedica a su actividad de cuidar loros y en sus entrega y dedicación llega hasta ofrendar su vida por su profesión, que contrasta en su dedicación con el oficio de bailarina que es el que debería haber tenido dada la cultura de la Turquía de

esos tiempos. Lo que destacamos de este relato es que la actividad de la sueca esta asociada a los valores de la cultura de que procede y en tanto el desarrollo de su actividad como su final están asociados a una particular valoración, al de la exigencia de un Dios que pide de sus criaturas la actividad profesional.

—Mi querida hija— dijo en voz baja, abrazando y besando a la moribunda esclava sueca. —En tu vida has salvado la de mi pequeño pájaro favorito . . . Pero también nos has dado a todos una difícil enigma que descifrar . . . *Cómo han podido ser te tan gratos tus deberes y tu enojosa tarea diaria harto monótona*, que todo aquello que nosotros ansiamos te ha parecido locura y juego? Se te ha señalado con el dedo porque no has entendido los misterios de la danza . . . ¡ay hija mía! ¡son más fáciles de aprender que tu enigma de descifrar! ¡Llenaría de alabanzas al Dios de nuestros padres si algún día dejase a madres así educar nuestros hijos!. (p. 247)

Su premio se revela en la confiada fe con que la tarea es asumida. Podemos comparar una posible disparidad de mirada de estos valores que aquí se manifiestan y que son severos en comparación con el hedonismo del oficio de los danzantes musulmanes, también determinados religiosamente (los derviches), pero que dejan un margen para la confianza y la fe, y que no están presentes en el determinismo de la gracia de predestinación calvinista. La elección del tema, la medida del relato, la sencillez y la claridad con que son expuestos los fundamentos luteranos de una cultura, difícilmente son encontrables en otro autor.

Con otros matices nos encontramos en el relato *La leyenda de Gosta Berlin* de Selma Lagerlof (1891/Barcelona: Plaza y Janés, 1962). Aquí, por decirlo de alguna manera, nos adentramos en el interior de la valoración para encontrarnos con el núcleo duro de la profesión, cuales son determinados tipos de trabajo, aquí la minería de hierro, que sin duda constituye un anticipo de las necesidades materiales de una civilización de máquinas. Pero no es la afirmación materialista del trabajo, es su enmarcación y absoluto enlazamiento con los valores religiosos profesionales. Hay expresiones literarias que constituyen esa línea media que el luteranismo representa entre el catolicismo medieval y el futuro calvinismo: “No se asemejan a inánimes pergaminos de los tiempos pasados, ni a bolsas de oro de mezquinos avaros; son *seres pobres pero despreocupados*, verdaderos caballeros de la mañana a la noche”. (p. 37)

Tenemos aquí la expresión de un Dios no determinista sino que permite cierto despliegue que es expresión de una mística y confiada fe, con los acentos personales de tal bondadoso dispensador en oposición a la inescrutabilidad del Dios abscondito. Este permite que la sociedad y la cultura asociadas a este tipo de valoración luterana posibiliten un despliegue de obras, incluidas las artísticas, que no son estimuladas en una cultura predominante calvinista. Sin embargo, aun en éstas es posible pensar en una

diferencia entre calvinismo estricto como el que pudo existir en Escocia y Suiza, y otro más tolerante y liberal como el de Holanda o Estados Unidos. Lo que sí muestra un rasgo decisivo en la obra de Lagerlof, respecto a representaciones del más allá, es el manifestado por la madre de un hijo moribundo, que es capaz de consolarlo diciéndole que en la otra vida hallará trabajo sin fin. Una valoración que puede expresar esto y lo eleva a representación de la cual desprende una ética, un modo de comportamiento, es totalmente inédita en el mundo y en contraste total, por ejemplo, con la concepción de las castas con su idea del perfeccionamiento profesional o aún más con la valoración sensualista del judaísmo o el reposo del guerrero en compañía de huríes del paraíso prometido por Alá; Confucio y Buda nada saben de un más allá. “Piensa, hijo de mi corazón, cuánto se vislumbra, cuánto se trabaja allá . . .”. (p. 258)

Es tanta la riqueza sociológica de esta obra de Lagerlof que hallamos ocasión de percibir, el trasfondo del artesanado gremial del que esta cultura estaba tan nutrida con su énfasis en el cuidado y calidad del producto: “No olvides, Kevenhuler —dijo— que en lo futuro tus manos serán capaces de *ejecutar cualquier obra de arte* que se te antoje, aunque no podrás hacer más de una de cada clase” (p.296), así como las nacientes exigencias de la masificación: “¿Qué importaba llegar a ser un gran maestro, el más admirado de todos, si no le era posible *multiplicar* sus creaciones artísticas en provecho de todos sus semejantes?” (p.297). El estudio científico de los valores que de sus derechos al carácter fluido de la realidad coincide aquí con el señalamiento de la manera cómo ya en el seno del luteranismo se presentaba el gérmen de la distancia absoluta entre Dios y la criatura del calvinismo. “Pero no esperes disfrutar muchas alegrías . . . voy a obligarte a seguir el camino del duro deber. *No esperes oír de mí una palabra de alegría y esperanza*”. (p.323)

Muchos temas que en la época del romanticismo habrían sido explotados literariamente —por ejemplo el asociado a Jean Paul y su idea del Jesús huérfano y humilde— en Lagerlof se conciben con el antiheroísmo que no se adorna ni siquiera con la humildad. “Ahora debes trabajar sin echártelas de héroe, sin deslumbrar y asombrar a tus semejantes”. (p.326) Pero alto aquí. No estamos hablando aquí de los cantos utilitaristas, socialistas y post-socialistas del trabajo. Hablamos de la profesión. “Trabajar en beneficio propio, con ideas ruines, nos estaba prohibido, pero no proceder como nos los dictase *el amor, el honor y nuestra salvación eterna*”.

Aún una cultura de mercados tintes campesino como la danesa deja ver, en expresiones literarias como la de la novela *La tierra prometida* de Henrik Pontoppidan (fin de siglo XIX/Bogotá: Orbis, 1983), la situación de una comunidad en la cual, de hondas conmociones naturales y sociales, sólo subsiste la profunda creencia en la integridad profesional: “La activa pareja había vuelto a conocer una época dorada. La inquebrantable fe de Villing en

la superioridad profesional y en la victoria final no le había defraudado". (p.329)

Los sellos luteranos contrastan tanto con el calvinismo, que en muchos puntos lo aproximan al catolicismo en rasgos tradicionales que se expresan en forma de certezas, como en el siguiente pasaje de J. Conrad en *El confidente secreto* (1907/Barcelona, 1981):

De pronto me regocijé en la confianza que brindaba el mar, comparada con las adversidades de tierra firme, así como en *mi decisión de haber elegido esa vida, sin tentaciones, no perturbada por la excitación, investida de una belleza moral gracias a la absoluta rectitud de su llamamiento y a la certeza de su propósito*. (p.20)

Pero junto a esto tenemos rasgos revolucionarios, sólo que entendidos como del pasado. Así se expresa un personaje de V.S. Naipaul; en *Una casa para Mr Biswas* (1961/Bogotá: Orbis, 1983): "Se iba hacia el mundo, a *poner a prueba* el poder que éste tenía de aterrorizarlo. El pasado era artificioso, *una serie de accidentes falsos*. La verdadera vida y su dulzura particular lo aguardaban. Todavía estaba por comenzar". (p.266)

Ascetismo

La racional prueba moral exigida por el calvinismo, más que por Calvino, va deslizándose hacia la valoración del éxito mundano como la única vía que la lógica de la predestinación dejaba y tenía el efecto de calmar psicológicamente al escogido. En la senda en que el calvinismo se desarrolló cobró un énfasis absoluto la manera metódica de conducir la vida. Así, no se premia el goce desmedido en ningún orden, pero no se prohíben ciertas acciones medidas tanto respecto al sexo como a la adquisición de bienes. No hay, como en la capa comercial hindú o china, deseo desmedido de la riqueza sino prudente ahorro en vista a la inversión, acrecentando con esto los rendimientos religiosos de la buena marcha de los negocios. La literatura francesa desde Moliere (*El avaro*) hasta Balzac (*Eugenia Grandet*) y la inglesa en Shakespeare (*El mercader de Venecia*), y aún perfiles tan nítidos en este siglo como los del bosnio Ivo Andric en *La señorita*, han ilustrado el punto de vista irracional de la avaricia, que como tal se contrapone a la metódica búsqueda de la ganancia, impuesta por un tipo de valores como los que representa el calvinismo.

Sin embargo, aquí quisiera destacar la evolución del calvinismo de los orígenes hacia orientaciones más recientes que podemos percibir en la literatura. En la novela *Peveril del Pico* de Walter Scott (1822/Barcelona: Sopena, 1959), hallamos orientaciones del ascetismo tan firmemente asentadas que son expresadas como verdades familiares:

Sin admitir un rumor esparcido por la maledicencia y la parcialidad, diremos que la rareza del placer acrecentaba su valor y que los que hacían de la abstinencia o de la moderación un principio religioso, gozaban tanto más en la reunión cuanto que las ocasiones de disfrutar era rarísimas". (p.35)

En la novela de Ch. Dickens *Tiempos difíciles* (1845/Bogotá:Oveja negra,1982) es posible detectar huellas de calvinismo en el rígido metodismo asociado a la educación en el personaje de Thomas Gradgrind que exige de su hijo: "Tengo a mi lado a mi padre, empeñado en trazar lo que él llama una norma y ligándome a ella desde que era un bebé, por el cuello y por los talones" (p. 203). Pero igualmente habría que constatar que este desarrollo está ligado a otras direcciones más próximas al luteranismo, por ejemplo el pietismo: "tengo a mi lado a mi madre, que jamás dispone de nada propio, como no sea de sus lamentaciones". Un calvinismo ya seguro de sí mismo está expresado en un personaje de Mauricio Jokay en la novela *Un hombre de oro* (1873/Barcelona: Sopena, 1960), de una tierra como la húngara que tuvo mucha influencia calvinista: "El señor de Levetinczy es un hombre rico y no obstante, no tiene para qué ruborizarse de su riqueza. (p.339)

Pero por sobre todas las obras literarias destacan las manifestaciones de Joseph Conrad en su novela *Lord Jim* (1900) como muestra de una evolución del legado religioso del calvinismo (la predestinación) y su componente lógico (el determinismo). Es bien sabido que la gracia de predestinación postula que la salvación sólo es para unos escogidos que ignoran por completo los designios de Dios, pero que prueban por sus disposiciones metódicas en el modo de llevar la vida, especialmente si son confirmados por el éxito reconocido, que hacen parte de los preferidos del señor. Con el tiempo esto puede convertirse en un determinismo de este mundo y en particular del mundo social, en que cada individuo, cierto de su salvación, mira con desdén los esfuerzos y perdiciones de los otros y en esto su manera de aplicar el determinismo es tan implacable como el primitivo Dios calvinista que guardaba una distancia absoluta con la criatura, sólo que tal vez tenga menos misericordia por que el Dios de Calvino dejaba un sutilísimo margen de duda.

Este determinismo al juzgar la acción de los demás se revela como la otra cara de la abstención propia. Lógicamente a esto puede conducir el residuo de magia, ínfimo quizás, que toda religiosidad siempre conserva y que se manifiesta en dejar el mundo tal como se encuentra, sin transformarlo. "Había aprendido él más sin moverse que los otros realizando el trabajo". Cuando todos flaquearan, cuando estuvieran vacilantes, entonces de ello estaba seguro —él sería el único que supiera lo que había que hacer para habérselas con la vana amenaza de los vientos y de los mares". (*Lord Jim*; Bogotá: Oveja negra, 1984, p. 15)

La omisión como parte de la acción, que produce efectos es ensalzada. En *Victoria* de Conrad (1915/Barcelona, Bruguera, 1981), un personaje

